

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

27

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
CONFLICTO Y ARMONIA DE LAS
RAZAS EN AMERICA

(CONCLUSIONES)



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

**CONFLICTO Y ARMONIA DE LAS RAZAS
EN AMERICA
(Conclusiones)**

Domingo Faustino Sarmiento



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

Domingo Faustino Sarmiento (1811 - 1888), pensador argentino. Es quien acuña en su libro sobre *Facundo* la dicotomía Civilización y Barbarie. Forma con Alberdi, Lastarria, Bilbao, Mora y otros la generación que se niega a aceptar una realidad que considera les ha sido impuesta por el coloniaje. Se niega a aceptar una cultura que, como lo expresara Bolívar, que sólo preparaba a los hombres de esta América para hacer más eficaz su servidumbre. Barbarie es lo heredado, las razas que se han mestizado dando lugar a hombres aún más serviles. Civilización es lo que otros hombres están creando en el planeta. Aquello que debe ser apropiado por los hombres de la América de origen hispano. Cambiar la mente, cambiar la sangre ha de ser la preocupación central de los nuevos emancipadores. La nordomanía que al principio del siglo XX criticase Rodó, se hace claramete expresa en los proyectos de esta generación que se considera, a sí misma, como civilizadora. El trabajo que publicamos forma parte de las conclusiones de la obra de Sarmiento. *Conflicto y Armonía de las razas en América*. En él se hace expreso el proyecto civilizador de una generación testigo de ese pendular entre tiranías que parecía caracterizar a la historia de esta América. En este ensayo se muestra como el proyecto civilizador estaba encaminado a incorporar a esta América al mundo creado por hombres que habían hecho la grandeza de sus pueblos en Europa y Norteamérica. Un proyecto fallido, pero que muestra una de sus más violentas expresiones para poner fin a formas de dependencia que se consideraban se encontraban inmersas en la sangre y en la conciencia de los latinoamericanos como consecuencia del largo cautiverio impuesto por la colonización ibera en esta parte del mundo.

CONFLICTO Y ARMONIAS DE LAS RAZAS EN AMERICA (Conclusiones)

Domingo Faustino Sarmiento

¿Cuál ha de ser, nos hemos preguntado más de una vez, el sello especial de la literatura y de las instituciones de los pueblos que habitan la América del Sur, dado el hecho de que la nación de que se desprendieron sus padres no les ha legado ni instituciones ni letras vivas?

Los norteamericanos continuaron el gobierno representativo de la Inglaterra, y sus literatos, poetas, pensadores, son comunes a ambas naciones. Un francés lo es por sus portavoces, sus dramatas y poetas, sus Rabelais, Lafontaine, Molière, Corneille, Dumas o Víctor Hugo; pero nosotros no somos españoles en esto; y no consideramos ni a Dickens, Goethe, Max Muller o Thiers, extraños a nuestro ser, pues ellos indiferentemente forman nuestra razón, nuestro espíritu y nuestro gusto.

No es la procedencia la que nos interesa, sino el caudal o la pureza de las aguas que tales raudales arrastran, y vienen a formar el grande estuario del pensamiento humano que en el siglo XX tomará forma en América, más pronto al Norte que al Sur, aunque el movimiento intelectual sea por ahora menos cosmopolita allá.

El espíritu con esta preparación conserva las dotes naturales sin adquirir las curvaturas que le imprimen las peculiaridades locales y adquiriendo, por el contrario, el tono del pensamiento universal de su época, que no es francés, ni inglés, ni americano del Sur o del Norte, sino humano. Así es un instrumento apto para examinar toda clase de hechos, y encontrar la relación de causa a efecto, importa poco que se produzcan de ésto o del otro lado de los Andes, a las márgenes del Sena, del Plata o del Hudson.

Acaso esta ubicuidad de teatro, porque el drama de la vida estuvo en todas partes, sucesivamente enriquecida el estilo de imágenes que no suministran la escena en cada una de ellas, según que haya llanuras, montañas, cañadas, ríos, nieves o fábricas de ciencia.

Todavía una herencia, puede decirse de sangre, que apenas pudiera nombrarse en época de la menos pura democracia. El autor fué educado, como sucedía antes en las Porvincias, entre los de su familia, entre cuyos deudos contemporáneos se contaron dos Obispos, un diputado al Congreso de Tucumán que declaró la Independencia y un Capellán del No. 11 de los Andes, con quién vivió años, recibiendo diariamente en interminables monólogos, como si una alma se vaciara en otra, como un líquido generoso, en vasija nueva, todas las ideas dominantes hasta 1826, de independencia, de constitución federal o unitaria, de religión, con la historia accidental de las guerras, de los hombres, de los partidos, etc.

Sólo los herederos del título de Lord inglés, que deben sentarse a la muerte del actual en el Parlamento, son preparados para la vida pública con educación oral dada y recibida con amor cuatro años, se preparan mejor a la vida pública. Por simpatías era o debí ser federal, pues federales eran mis maestros.

Un incidente de la historia interna de nuestros países, acaso la primera chispa incendiaria de la guerra civil, lanzó al adolescente en la vida pública.

Facundo Quiroga invadió a San Juan con sus hordas de llanistas y desertores del sublevado No. 1 de los Andes. En 1864, el Gobernador de San Juan, habiendo sometido los llanos y aniquilado los últimos restos de esas mismas hordas al mando del Chacho, hizo tomar la fotografía de cien prisioneros, para conservar a la historia la fisonomía, los harapos de aquellas bandas descendidas por la ignorancia, la ociosidad y la guerra, al último escalón a que pueden bajar los descendientes de españoles en América, porque la generalidad tiene barba, lo que

constituye a mestizos o blancos. Con esas hordas, con ese traje y aquellas figuras de presidiarios, se presentaban a la vista del que había de escribir más tarde *Civilización y Barbarie*, respirando sangre y esparcido el terror en torno suyo. Y el espectador de diecisiete años, preparado por simpatías a ser federal, a la vista de aquellos seres, viendo al héroe de la Federación de entonces, se recogió en sí mismo, y sin ser influido por nadie, apenas vio levantarse para ocurrir a la Tablada, tropas que se opusieron al triunfo de aquella causa, ciñó una espada que no abandonó sino después de acabar por siempre con la montonera y los caudillos, en los Llanos, Santiago y Entre Ríos, sus últimas guaridas.

No siendo, pues, unitario, al tomar parte en la lucha de los partidos, vióla por el lado de la civilización y de la cultura, formulando su idea quince años después de andar en la refriega y de sacar inspiración y aliento de la práctica diaria.

Pocos libros han logrado en el mundo arrastrar tras sí los sucesos. *Civilización y Barbarie* lo logró, dando otro título a la lucha y quitándole su carácter acerbo.

Hallaron las nuevas generaciones motivo de orgullo pelear por la civilización amenazadora, mientras que los que persistieron en el bando federal, después de la separación de Viamont y los suyos, no querían aparecer como bárbaros, pues que bárbaros eran los caudillos, bárbaros sus colores, bárbaros sus suplicios, bárbara su guerra.

Andando el tiempo, abriéndose pasa nuevas ideas, en aquel terreno neutro pudieron *acercarse* los partidos y a falta de gobierno constituido, *Argiropolis*, otra emanación del mismo espíritu sirvió de heraldo para la convocación del Congreso, aceptando la forma federal que había sido el pretexto y rótulo de la lucha.

El libro que reasume mi pensamiento de hoy es la consecuencia de pensamiento de otro libro anterior, que figura en la literatura americana hoy como contenido de algunas bellezas literarias; pero que en su

época fué un acontecimiento político, *Civilización y Barbarie* que pretendió, en medio de la más encarnizada lucha entre unitarios y federales argentinos, que no se querellaban por formas de gobierno, sino entre la parte civilizada de las ciudaddes y la parte bárbara de las campañas. La lucha parecía política y era social.

La teoría podía ser controvertible; pero como con los caudillos militaba la ignorancia y el arbitrario, todos los hombres cultos y honrados en los propósitos de la lucha, quisieron estar con el partido civilizado, con las formas de gobierno representativo. Aquel libro tuvo grande influencia en fijar la opinión de la Europa sobre el carácter de la terrible, obstinada y sangrienta lucha argentina, y entre los combatientes reunir en un bando a los que no toman por blanco exclusivo el interés personal de un tirano, causa de la lucha, o fomentado por las necesidades de la lucha misma.

No habiendo autoridad nacional que convocase al congreso, caído en desuso como los Estados Generales en Francia, *Argiropolis*, a guisa de heraldo, llamó a la nación a reunirse en Congreso Constituyente con la misma autoridad que en 1848 se convocó el congreso de Francfort, precursor de la organización constituída de la Alemania.

la caída de Rosas, en 1852, la larga gestación de la Constitución federal de la República Argentina hasta 1861, dejaron al parecer allanadas las dificultades que desde 1816, época de la reunión del Congreso de Tucumán que debió constituir el gobierno, hasta 1826 que se dictó una Constitución que rechazaron los que bajo ninguna forma querían ser constituídos gobiernos regulares, representativos, responsables.

La constitución dada en 1853, reformada en parte y en general aceptada en 1861, está funcionando veinte años ha, sin que sea permitido asegurar que nuestro país es una República, representativa, federal, y que las constituciones que nos rigen pasen no ya del papel a los hechos, sino que los hechos que se desenvuelven se sujeten a los cálculos que la Constitución les traza.

Menos podríamos abonar la aptitud del pueblo para gobernarse a sí mismo, sin hacer servir el voto de las muchedumbres ignorantes de cadena para aherrojar a las clases de ciudadanos que debieran ser *dirigentes*, quedarse relegada al tercer plano, como ha sucedido en épocas anormales en Europa, sino perseguida y exterminada como durante el terror de 1793, excluida como durante el imperio de Napoleón III, cuyos enormes salarios y favores sin tasa a sus cómplices, no lograron en veinte años seducir ni vencer la taimada resistencia, con el culto “mil gracias”, con que la sociedad ilustrada de Francia desechó su gobierno de advenizos.

La votación en los comicios de nuestro país da idénticos resultados, en la Capital como en las Provincias, una unanimidad en el voto, que fuera heroico, sino fuese mecánico, porque el hobre es ser racional y desde que razona puede jurarse que no opinarán, si opinión tienen, o les dan derecho de manifestarla, mil personas de un modo, sin que haya quienes por ignorancia o error opinen según la medida de sus luces.

Danme derecho a no aceptar tales ocurrencias como naturales, cierta aptitud relativa para inquirir sus causas y peculiaridades y el estar cierto de que no son comunes y pudieran, si a algo bueno condujeran, reputarse felices.

Los hombres públicos pertenecen en sus ideas, al país, a las instituciones y a la época en que vivieron. Es raro que haya un hombre público vivido de la vida de tres naciones a un tiempo; que haya residido en diversos países, viajando por todos los que imponen su sello a las ideas; y estado siempre en el suyo propio, combatiendo las tramas, propendiendo a crear las instituciones libres e impulsando el progreso. Los demás pueden engañarse a sí mismos, por falta de términos de comparación; aquél tendrá una medida *media*, un criterio aplicable a todos los países, un sentido común que no será el de una región, sino el que se forma con el hábito de los hechos que ocurren en grandes extensiones, ejecutados por grandes hombres, experimentados por más grandes aglomeraciones de hombres.

Con esta preparación de espíritu podemos leer en los hechos que se desarrollan.

Las páginas que siguen son acaso la cuarta visión que ha pasado delante del espíritu del autor, del espectáculo que esta parte de la América del Sur ofrece, y pudiera ser la última ilusión, si el saber y la experiencia acumuladas en los sesenta años transcurridos, sobre la cabeza de quien nació en medio de las esperanzas y creció entre las glorias de la Independencia americana, no ha traído al fin su antorcha tranquila para ver en su verdadera luz los hechos y penetrar bajo la corteza que los envuelve, hasta sus causas remotas y recónditas.

En el *Conflicto de las razas*, quiero volver a reproducir corregida y mejorada, la teoría de *Civilización y Barbarie*, que con la ostensible biografía de un caudillo para ligar los hechos, parecióme explicar la sangrienta lucha de treinta años que terminó en Caseros y en la que, cual conscripto llegado a la edad legal, me alisté en 1828, en la división que tenía a mi frente, contra los Aldaos y Quiroga, como otros se batían a centenares de leguas, contra López, Ibarra, López Rosas y Oribe, pues que la guerra civil ataca todo el organismo, derramando la sangre por todas las venas a un tiempo, a fin de herir más pronto en el alma que persigue y que no halla, porque está, cuando de ideas se trata, fuera del individuo que es perecedero, y las ideas no mueren.

Esta inspiración juvenil valía un credo para principar la predicación de un evangelio; pero el autor no tenía credo político definido, y fué a buscarlo en los campos de batalla de la guerra civil, que enseñan, en esta América, sobre todo, más que los libros de historia y política europea.

El libro *Civilización y Barbarie* fue en su día una grande y noble batalla; y como sus doctrinas inoculadas en la sangre de los febricantes partidarios calmó los espíritus a guisa de un bálsamo, bueno es referir al lector de otro campaña que el mismo espíritu emprende en la

vejez, contra aquella de la juventud, en que se vino preparando la que por entonces terminó en *Civilización y Barbarie*.

Treinta años duró la lucha de unitarios y federales: y sin seguir las tablas de sangre de Rivera Indarte, veinte mil hombres murieron peleando o muertos a veces por cientos y por millares después del combate. ¿Sabían todos, o alguien, por qué pelearon los de Buenos Aires con las Provincias, entre Montevideo y Buenos Aires? ¿Quiénes eran unitarios y quiénes federales? Y cuando llegan a saberlo algunos, pocos, poquísimos, ¿era esa variante en la forma de gobierno, bastante incentivo para tener sobre las armas medio millón de habitantes, derramar la sangre a torrentes y sacrificar la propiedad adquirida y estorbar por años el desarrollo de la naciente?

Y bien; el autor de *Civilización y Barbarie* no era unitario, ni sabía siquiera cuáles eran los orígenes de la lucha, cuando abandonó los senderos de la vida ordinaria a lanzarse en los torbellinos de la pública, en que acabará sus días, cerrando el periodo de la gestión de su pensamiento definitivo con el *Conflicto de las Razas*, que sólo entrevió en *Civilización y Barbarie* entre aquella al parecer inmotivada lucha, de las compañías contra las ciudades.

Podría un sudamericano presentar como una capacidad propia para investigar la verdad, las variadas y extrañas vicisitudes de una larga vida, surcada su frente por los rayos del sol esplendente de la época de la lucha por la Independencia o las sangrientas de la guerra civil; viviendo tanto en las capitales de Sud América, como al lado de la cúpula del Capitolio de Wáshington; y en la vida ruda de los campos, como viajero y soldado; y en los refinamientos de la vida social más avanzada con los grandes caudillos y con los grandes escritores y hombres de Estado; y lo que es más, nacido en Provincia y viviendo en las cortes, sin perder, como se dice el pelo de la dehesa, como se preciaba.

Poner ante los ojos del lector americano los elementos que constituyen nuestra sociedad; explicar el mal éxito parcial de las instituciones republicanas en tan grande extensión y en tan distintos ensayos por la resistencia de inercia que al fin desenvuelve calor en lo moral como en lo físico, señalar las deficiencias y apuntar los complementos, sin salir del cuadro que trazan a la América sus propios destinos, tal es el objeto de *Conflicto de las Razas en América* que presento al público y que reclamo sea leído.

Sin ir más lejos, ¿en qué se distingue la colonización del Norte de América? En que los anglo-sajones no admitieron a las razas indígenas, ni como socios, ni como siervos en su constitución social.

¿En qué se distingue la colonización española? En que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la edad media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil.

¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra?

Mirando bajo este punto de vista genral, y no del punto de vista parcial de cada fracción; con relación al mundo, y no con relación a la localidad, al derecho que llamaríamos *araucano* y que otros querrían ennoblecer y generalizar un poco más llamándole el derecho *latino* en oposición al derecho anglo-sajón, la cuestión toma grandiosas proporciones; y resolver, y cuando más no fuese que ilustrar los puntos que abraza, sería rendir un señalado servicio a la humanidad entera, y dar a la América, en iguales proporciones de uno o del otro lado del istmo de Panamá, el mismo rol a desempeñar en la economía del mundo moderno.

El hecho de está produciendo en proporciones tales, que es acto de estolidez o de demencia cerrar los ojos para no verlo. Bordeando anda por un millón anual de hombres los que llegan a todo el mundo a enrolarse como nacionales en las filas de los ejércitos y en las

listas electorales de los Estados Unidos de Norte América; mientras que el territorio tres veces mayor, a quince compartimientos que debieran como Estados aumentar la atracción, no se dirigen menos de cien mil, pero sin adhesión sin cohesión orgánica; o lo que es más significativo, sólo en un punto, cual si fuera el único accesible, se hace sentir una débil corriente de emigración que vacila en su marcha, sin embargo, que disminuye o aumenta sin sistema, como el crecimiento de las plantas, y como si encontrara obstáculos invisibles, acaso falta de desnivel para que se precipite en la corriente, habiendo acaso bancos y arrecifes que la detienen en su curso.

¿Por qué no es el mismo movimiento? ¿También es peculiaridad de la raza latina no atraer nuevos emigrantes de toda la Europa y marchar a paso de plomo, cuando corren los compatriotas de Fulton, Morse y Edison?

Sin preocuparnos de la generalidad de estos hechos, y tomando por punto de partida lo que ya ocurre en esta parte de América que tiene por expresión geográfica el estuario del Rio de la Plata, he creído que así como la emigración se ha dirigido hacia sus costas, con cierta intensidad, lo que mostraría que entramos a participar del privilegio anglo-sajón puesto que anglo-sajona sería la atracción y la corriente de adhesiones que a su modo de ser le llegan con un millón de nuevos colonizadores, así debemos hallarnos en mejor aptitud que otras porciones de la América del Sud para juzgar sobre las causas que aceleran o retardan el progreso o la organización de gobiernos regulares, libres y representativos en esta parte de América.

Deber nuestro es ilustrar estas cuestiones, señalando las rémoras o las desviaciones.

La reproducción de la especie obedece en cada país a circunstancias peculiares, de clima, alimentación y poder físico; pero en la América del Norte, sobre todo, ha tomado tal fijeza y se aumenta el número de habitantes con tal rapidez, que la fábula de Deucalión parece rea-

lizarse en los tiempos históricos. La emigración sola bastaría de hoy en adelante para crear una nación en una generación, igual a cualquiera de las que más poder ostentan hoy en la Europa occidental. Este hecho, que es nuevo en la historia humana, si no apelamos a las emigraciones arias y pelágicas de que no tenemos idea, debe determinar una política americana, que generalice el hecho, como las aguas fecundan por la irrigación ciertas comarcas, sin ponerse de por medio a detener o contrariar el hecho donde ya se produce espontáneamente y en aquella enorme escala.

Obrar de otro modo sería tan insensato como querer detener un río, cerrándole con una barrera el paso. El mundo, y principalmente la Europa, vaciarán constantemente el exceso de la población sobre los territorios vacíos de la América, faltándole territorio para todos sus habitantes. Es la colonización en permanencia; pero ya ha transcurrido un siglo de ensayo para mostrar que aún la dirección que toma ese traspaso y traslación de habitantes de un continente a otro, obedece a reglas.

Desde luego es el emigrante el que resuelve allá en su país a donde habrá de dirigirse. Estados Unidos no ha fomentado la inmigración directamente. A veces la han puesto trabas, como Nueva York, exigiendo que el inmigrante contase al desembarcar \$ 200 ante un empleado, para responder de su manutención mientras hallaba trabajo. La Inglaterra fomenta la emigración a sus colonias, pero se ve que doce mil de esos emigrantes pasan el San Lorenzo para engrosar la población norteamericana.

Si no se sabe por qué naciones como la Francia necesitan casi dos siglos para duplicarse, diremos lo mismo que no puede saberse por qué los hombres se dirigen a Estados Unidos y no ha otros territorios baldíos.

¿Llamaremos nosotros a son de pregón, carteles y almanaques noticiosos, la emigración a nuestras playas que apellidamos afortunadas? Algo podrá obtenerse con grandes sacrificios y el desenvolvimiento de otra clase de males.

¿Sintiéndose varias naciones preocupadas de la necesidad de expansión, no les ocurrirá, la idea de recolonizar esta retardataria América en su provecho, aunque la humanidad de allá y los americanos de aquí duden un poco de la eficacia del remedio? ¡Qué! ¿es colonizadora la nación que quiere tener colonias o extender sus dominios No ha mostrado esa aptitud la Francia en América, perdiendo sus colonias, aunque más aleccionada hoy, dirija su acción sobre el Africa y el Asia; y como la España no se ha engrandecido, pues más bien se ha desangrado en la noble tentativa de poblar un mundo, no debemos concederle la palma en esta clase de negocios de Estado.

¡Oh, gloria de la especie humana! No coloniza ni funda naciones sino el pueblo que posee en su sangre, en sus instituciones, en su industria, en su ciencia, en sus costumbres y cultura todos los elementos sociales de la vida moderna. No coloniza la Turquía, sino que arruina cuanto toca. Colonizan el mundo deshabitado por las razas privilegiadas los que poseen todas aquellas dotes. La Francia ni la España tenían instituciones de gobierno que llevar a sus colonias, y han perecido los gajos de sí mismas que implantaron momentáneamente. La Australia prueba en veinte años lo que el traspaso de una mano a otra probó con California y Tejas, lo que probaron las trece colonias inglesas al mismo rey y Parlamento inglés que se olvidaron un día que el pueblo se impone a sí mismo las contribuciones por medio de sus representantes en Parlamento.

¿Que deberíamos hacer los americanos del Sur, para no ser distanciados de tal manera que no se haga cuenta de nosotros en treinta años más, o tener que resistir a las tentativas de recolonización de los que pretendan que está mal ocupada esta parte del continente subsidiario del europeo?

Preparar la respuesta a esta pregunta es el objeto de este libro, creyéndose el autor de este libro preparado para acumular los datos, acaso para dar la solución final, con sólo seguir el camino que le viene trazado por los

antecedentes históricos de su propio país, el conocimiento del de los otros y como una iniciativa personal que le ha cabido en varios ramos accesorios de aquel conjunto de adquisiciones que constituyen la civilización de nuestro siglo.

No es indiferente al acierto de tal empresa que el autor haya participado medio siglo del movimiento político, intelectual y de transformación y desarrollo de su propio país.

Los largos viajes no dañan a los lores ingleses para conocer el continente: sus costumbres e instituciones, ya que naciendo legisladores de una isla, se expondrían sin eso a ensimismarse y separarse del resto de la humanidad. La residencia en países distintos, sin dejar de vivir de la vida del suyo propio, haría de un hombre de Estado otros tantos hombres, como creía Rousseau del que conoce varios idiomas.

¿Que falta a esta parte de América, para recibir y aclimatar todas las fuerzas activas y los progresos intelectuales que andan como flotantes en la atmósfera y sólo piden un pico de montaña que los detenga, acumule, condense y convierta en nube y lluvia fecundante?

Una mala constitución geográfica daba una sola entrada en un puerto único al ambiente exterior y trabajó por abrir los ríos a la libre navegación. Están mezcladas a nuestro ser como nación, razas indígenas, primitivas, prehistóricas, destituidas de todo rudimento de civilización y gobierno; y sólo la escuela puede llevar al alma el germen que en la edad adulta desenvolverá la vida social; y a introducir esta vacunación, para extirpar la muerte que nos dará la barbarie insumida en nuestras venas, consagró el que esto escribe su vida entera, aunque no fuese siempre comprendido el objeto político de su empeño.

Pero como el primer censo, mandado levantar por sus previsiones, ha mostrado que ocupamos dos kilómetros de tierra por habitante, lo que nos hace el pueblo más

diluído, un desierto poseído, un *soupcón* de nación, pusimos desde hace cuarenta años la mano en la llaga, hasta hacer de la inmigración parte constituyente del Estado. Los que persuaden, al ver realizados ciertos resultados: la pampa taraceada por líneas de eucaliptus o de alambres, escuelas en rincones cuyo nombre ignora el geógrafo, las poblaciones del mundo desembarcando en los puertos, como en el Támesis el ganado vivo de América, se imaginan que estas cosas vienen de sí mismas y por sus pasos contados.

El año pasado, sin embargo, se ha instalado una primera colonia italiana en México, a donde pocos extranjeros penetran, y la Inglaterra acaba en este año de restablecer sus relaciones diplomáticas interrumpidas desde la muerte del emperador Maximiliano. El resto de la América está cerrado a toda influencia exterior, salvo débiles ensayos en imitación nuestra, mientras que la educación primaria contraría resistencias invencibles de la apatía y egoísmo de la raza blanca, mientras no reconozca el principio etnológico que la masa indígena absorbe al fin al conquistador y le comunica sus cualidades e ineptitudes, si aquél no cuida de transmitirle como los romanos a galos y españoles, a más de su lengua, sus leyes, sus códigos, sus costumbres y hasta las preocupaciones de raza, o las creencias religiosas prevalentes.

Los políticos que quieran llegar a ser en América los representantes de la raza latina, quisieran pararse en medio de la calle donde transitan carros, animales, pasajeros y todo el ajuar del comercio de todos los pueblos del mundo. Pretenderían dividir el mundo en dos mitades y ya que el istmo de Panamá va a ser camino público, decirse que a este lado está el atraso, el despotismo de régulos ignorantes, cortados a la medida de los que han dejado producirse aquí y allí la raza latina, sin mirar el rostro del soldado que la vigila y gobierna, que es cobrizo y tostado, llamando latino al araucano, al azteca, quichua, al guaraní, al charrúa, amos de la raza de los amos que los oprimen.

La obra de Dios es más grande, y es a la inteligencia de sus obras que para comprenderlas nos ha dado, a quien toca, como a Juan el Precursor, allanarle los caminos.

Lleguemos a enderezar las vías tortuosas en que la civilización europea vino a extraviarse en las soledades de esta América. Reconozcamos el árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre.

La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a Estados Unidos en su marcha: es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos.

Siendo director general de Publicaciones **José Dávalos**
se terminó la **Impresión de Conflicto y Armonía de**
las Razas en América,
en los talleres de Polymasters de México, S. A.
el día 21 de noviembre de 1978.
Se tiraron 10.000 ejemplares.



TOMO I:

1. Simón Bolívar, CARTA DE JAMAICA. 2. Arturo Ardao, LA IDEA DE LA MAGNA COLOMBIA. DE MIRANDA A HOSTOS. 3. Francisco Bilbao, INICIATIVA DE LA AMERICA. IDEA DE UN CONGRESO FEDERAL DE LAS REPUBLICAS. 4. Arturo Andrés Roig, LOS IDEALES BOLIVIANOS Y LA PROPUESTA DE UNA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA CONTINENTAL. 5. Justo Sierra, INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL. 6. Darcy Ribeiro, LA CULTURA LATINOAMERICANA. 7. José Martí, NUESTRA AMERICA. 8. Francisco Miró Quesada, IMPACTO DE LA METAFISICA EN LA IDEOLOGIA LATINOAMERICANA. 9. Juan Bautista Alberdi, IDEAS PARA UN CURSO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA. 10. Roberto Fernández Retamar, NUESTRA AMERICA Y EL OCCIDENTE.

TOMO II:

11. Andrés Bello, LAS REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS. AUTONOMIA CULTURAL. 12. Augusto Salazar Bondy, SENTIDO Y PROBLEMA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO HISPANOAMERICANO. 13. Juan Montalvo, OJEADA SOBRE AMERICA. Washington y Bolívar. 14. René Depestre, PROBLEMAS DE LA IDENTIDAD DEL HOMBRE NEGRO EN LAS LITERATURAS ANTILLANAS. 15. Alfonso Reyes, NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA. 16. Arnold Toynbee, EL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN UN MUNDO CAMBIANTE. 17. Eugenio María de Hostos, EL DIA DE AMERICA. AYACUCHO. 18. Leopoldo Zea, AMERICA LATINA: LARGO VIAJE HACIA SI MISMA. 19. José Enrique Rodó, ARIEL (fragmento) 20. Ernesto Che Guevara, EL HOMBRE NUEVO.

TOMO III:

21. José Vasconcelos, EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO. 22. Juan Marinello, LAS RAICES ANTIMPERIALISTAS DE JOSE MARTI. 23. Francisco de Miranda, PROCLAMACION A LOS PUEBLOS DEL CONTINENTE COLOMBIANO. 24. Abelardo Villegas, CULTURA Y POLITICA EN LATINOAMERICA. 25. Pedro Henríquez Ureña, LA UTOPIA DE AMERICA. LA AMERICA ESPAÑOLA Y SU ORIGINALIDAD. 26. Rómulo Gallegos, LA LIBERTAD Y LA CULTURA.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Jorge Carpizo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

SECRETARIO GENERAL

Dr. Efrén C. del Pozo.